

Del rosa al pardo

Manuel Campa

Hace medio siglo, ocurrió en Gijón un hecho en apariencia mínimo que, visto desde hoy, resultó decisivo para la historia posterior de Asturias. Estaba escribiendo Corín la obra “Tendré que dejarte” cuando, en contra de su costumbre de acabar las novelas de una sentada, dejó sobre el telar de su máquina de escribir Olivetti-Singer la narración a medias de urdir. Cuando, al día siguiente, fue a retomar la escritura se encontró con que el apuesto y galante ingeniero de caminos, protagonista de la obra, había desaparecido sin dejar ni rastro en las cuartillas ni en la casa. Imposible subrayar hoy, tanto tiempo después, la contrariedad de la escritora. Preguntó y preguntó la autora a todo el mundo, de Roces al Infanzón, por si alguien había visto al ingeniero huido de su novela, e, incluso, en el colmo de la desesperación, fue a ver al alcalde. Tuvo que esperar un momento a ser recibida, mientras el señor alcalde intentaba convencer a unos constructores para que se conformaran con edificar casas de catorce plantas, en vez de quince, como pretendían, en el paseo del muro, frente a la playa de San Lorenzo. Por fin, el edil logró persuadirlos, de lo que debemos, hoy, congratularnos. El señor alcalde estuvo atentísimo con la escritora, poniendo a su disposición los prismáticos y el paraguas –que siempre llevaba- por ver de encontrar al joven técnico en paradero desconocido. Pero, dado que el ingeniero de caminos no aparecía, el alcalde le propuso a Corín sustituirlo, como protagonista de la novela, por un aparejador o ayudante. La escritora, un poco enojada, le argumentó al señor alcalde que dónde se había visto una novela rosa con un aparejador de protagonista; que eso era imposible y que, sin un ingeniero de caminos, el relato tomaría un color más oscuro, pardo o negro tal vez.. Como así ocurrió. Al fin, la autora tuvo que resignarse, el joven ingeniero no cabía en una novela rosa, la desbordaba por todas partes. La misma Corín reconocía, al fin, que el protagonista escapado del relato, y que procedía de las lejanas tierras de Valdés, nunca había olvidado sus orígenes culturales, por lo que resultaba imposible mantenerlo en los límites de una novela rosa. Por ejemplo, mucho tiempo después de evaporarse de la narración, el ingeniero se mantenía fiel a su memoria ancestral, y se sentía tan asturiano que no permitía que ninguna romería acabara sin palos. Al igual que nuestros antepasados finalizaban la fiesta con la danza prima, los vivos a los pueblos y la amarradiella, el ingeniero que no cabía en una novela de Corín lo mismo se enfrentaba a un orgulloso marqués que a una persona de humilde sayal pardo. A todos desafiaba por igual. Como joven y apuesto ingeniero de caminos, salido de una novela de Corín, fue galante hasta el final, sin que se le pudiera decir nunca ,como en el romance: ¡Viejo que está el caballero!. Como asturiano de Valdés, dio más palos en las romerías que los mozos de Ayones de hace medio siglo, más palos que Nolo o Toribión de Lorío, los héroes de La aldea Perdida. Fue siempre grandón, en los aciertos y en los errores, en la fortuna y en la adversidad. Nos deja carreteras importantes, pero nos inundó con el galipote del Prestige y con los cuadros de la galería Marlborough. No aceptó nunca que hubiera otro gallu en la quintana. Más asturiano que Jovellanos. Nadie más valiente y faltón.